



SERMONES QUE ILUMINAN

Pentecostés 3 – Propio 6 (A)

LCR: Éxodo 19:2–8a; Salmo 100; Romanos 5:1–8; San Mateo 9:35–10:8, (9–23)

“Si ustedes me obedecen en todo y cumplen mi alianza, serán mi pueblo preferido”. Estas son palabras que, por medio de Moisés, dice el Señor a su pueblo elegido. ¡Ser propiedad de Dios, habitar en su casa, ser sus hijos e hijas! Ésta es la vocación a la que estamos llamados, éste es el propósito que Dios tiene para cada uno de nosotros. Ser fieles a este pacto, a esta alianza de amor, depende únicamente de nosotros. En nosotros está seguir el camino de nuestros egoísmos o decirle sí al Dios del amor.

Dios, en su infinito amor, para guiar nuestros pasos y mostrarnos el camino, nos mandó un Pastor Bueno, el cual no nos deja ni abandona en ningún momento. Él es el pastor que nos muestra el camino de la verdadera felicidad. Si dejamos que el Señor sea nuestro pastor nada nos va a faltar.

La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros pecadores, murió por nosotros. Se compadeció y por eso vivió y murió, para enseñarnos el verdadero camino que nos conduce al Padre. Por Él somos libres y responsables de nuestras decisiones y actos. Si nos apartamos del verdadero Camino, de la Verdad y de la Vida, la culpa será nuestra.

Seguir a Cristo es escuchar su voz, es recorrer los mismos caminos de amor, perdón, compasión, paz y justicia que él transitó. Si somos compasivos, como Él lo fue, estaremos dispuestos a vivir para predicar a los demás el mismo evangelio que Él predicó: el evangelio del amor y de la compasión hacia todos los que sufren, sin importar la condición social a la que pertenecen, sin importar lengua, raza o color de piel.

Ir y proclamar que el Reino de los Cielos está cerca. Mil años para el Señor son como un ayer que pasó. Pero lo que es irremediablemente cierto es que nuestra vida es corta y que al final a Dios regresaremos. Tenemos que aprovechar los días y los años que el Señor nos concede de vida, para curar enfermos, resucitar muertos, limpiar leprosos, arrojar demonios, dar amor y hacer felices a todas las personas que tocan a nuestra puerta.

Nuestro mundo, nuestra sociedad, está llena de personas ansiosas, hambrientas y sedientas de Dios. En nuestro diario vivir ¿cuántos hombres y mujer encontramos con enfermedades del cuerpo y de la mente que necesitan ser curados? ¿cuántas personas socialmente muertas? Muchas personas necesitan de nuestra caridad, de nuestro amor gratuito, de nuestro ejemplo cristiano, de nuestra lucha contra la injusticia. Todo esto tenemos que hacerlo por amor; como don lo recibimos y como don tenemos que ofrecerlo. Sólo así nuestro propio nombre quedará impreso en el libro de la vida donde sólo Dios escribe.

Publicado por la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal, 815 Segunda Avenida, Nueva York, N.Y. 10017.

© 2023 La Sociedad Misionera Doméstica y Extranjera de la Iglesia Episcopal Protestante en Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Los cuatro evangelios nos hablan de un Jesús compasivo y misericordioso. Probablemente éste es el rasgo más característico de Jesús de Nazaret. Él se compadecía de todas las personas que sufrían, fueran de la condición social que fueran; no se compadecía de los ricos por el simple hecho de que fueran ricos, ni de los pobres por el simple hecho de que fueran pobres. Se compadecía de aquellos ricos que se convertían en esclavos de sus riquezas y que, confiados en sí mismos, se olvidaban de Dios; llamaba bienaventurados a aquellos pobres a quienes su pobreza les había ayudado a poner en Dios toda su esperanza. Jesús se compadecía de todas aquellas personas que vivían esclavas de la soberbia y de la hipocresía. Llamaba bienaventurados a enfermos y pecadores que acudían a Él con corazón humilde y lleno de esperanza.

En el evangelio de hoy se nos dice que Jesús se compadecía de aquellas personas que sufrían porque caminaban sin rumbo por la vida, infelices, extenuadas y abandonadas, sin nadie quien les indicará el camino. Jesús de Nazaret sabía que la verdadera felicidad está dentro del alma, dentro de cada uno de nosotros, y que esa felicidad está al alcance de todos, seamos de la clase social que seamos, ricos o pobres, pero que para conseguirla es necesario fiarnos de Dios, dejarnos guiar y conducir por Él.

El Señor dice a los ricos que pueden ser felices si ponen sus riquezas al servicio de Dios, y a los pobres que la pobreza puede hacerlos bienaventurados si les ayuda a confiar en el Señor y a poner en Él su esperanza. Esto es lo que anunciaba Cristo cuando predicaba el evangelio del Reino; esto es lo que quería que hicieran sus discípulos cuando les mandaba a trabajar en la viña del Señor; esto es lo promete el evangelio del Reino de los cielos a todas las personas que se fián de Dios, a quienes saben compadecerse de los que sufren, a los mansos, a los limpios de corazón, a los que luchan por la justicia y no esclavizan a sus semejantes con sus propias ambiciones.

No es necesario llamarse Pedro, Juan o Santiago, ni pertenecer al colegio apostólico para sentirnos enviados por el Señor a esa mies tan inmensa en la que pocos trabajan. Cada uno de nosotros, en nuestro pequeño mundo, en nuestro entorno, podemos hacer maravillas, curar enfermos, ser luz para tantos que viven en tinieblas, ser guías que muestran el camino a cuantos viven perdidos sin encontrar la vía de la verdadera felicidad.

Dios nos envía a su mies como operarios, cada uno en su sitio, aquí y ahora. Hay una urgencia en la misión que Jesús les encomienda a los apóstoles: proclamar que el Reino de los Cielos está aquí. El texto dice “Reino de los Cielos”, pero esto no quiere decir que se trate de algo que está después o por encima de este mundo. El Reino comienza ya, aquí, ahora; necesita de colaboradores que hagamos posible su extensión como grano de mostaza.

Este Reino es una nueva forma de vida basada en el amor. Jesús utiliza diez parábolas para explicarnos y enseñarnos esta realidad. Lo que está claro es que para que el Reino sea posible, son necesarias nuevas actitudes y vivir con coherencia los valores cristianos. Por tanto, lo único que tenemos que hacer es tomar conciencia y comprometernos con el Reino. Miremos un poco al nuestro alrededor. ¡Cuánta tristeza, injusticia, desencanto por la vida!

Mirando al alrededor, alcemos los ojos al cielo y demos gracias a Dios por creer en Él, por nuestra fe, y pidámosle que nos dé la fuerza y el coraje necesarios para llevar a los demás la alegría de nuestro vivir en Cristo, con Cristo y para Cristo. ¡Amén!

El Rvdo. Francisco Alberca, es vicario de San Pablo dentro de los Muros de Roma desde el 2014 y es el encargado de la Congregación Latinoamericana de San Pablo. Realizó estudios en Química y Biología, Licenciatura en Filosofía, Bachillerato en Teología e inició un doctorado de Investigación en Bioética. Se ha desempeñado como profesor, investigador y formador del Seminario Mayor “Reina del Cisne”. Ha escrito numerosos artículos y libros.